

GACETA MÉDICA DE MÉXICO.

PERIODICO

DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA DE MÉXICO.

TOMO XXXVII

MEXICO, 1º DE MARZO DE 1900.

NÚMERO 5.

TERAPEÚTICA.

ALGUNAS NOTAS ACERCA DEL BENÉFICO RESULTADO DEL EMPLEO DE LAS AGUAS ALCALINAS DE TEHUACAN EN DIVERSAS AFECCIONES HEPATICAS.

Desde tiempo muy remoto me eran bien conocidas las aguas de la Ciudad de Tehuacán como poseyendo virtudes especiales que las hacían muy diferentes de las aguas potables comunes.

También era un hecho bien conocido que á la generalidad de los forasteros que las usaban hallándose en estado de salud, les producía diarrea, desapareciendo ésta como por encanto, desde el momento que suspendían el uso de aquellas aguas.

Esto era poco más ó menos lo único que yo conocía respecto de las referidas aguas, á la época en que empecé á ejercer la medicina por el año de 1872.

Por esa época aproximativamente, supe que un médico, que sufría extraordinariamente de litiasis renal, había mejorado ostensiblemente con su permanencia en la ciudad de Tehuacán.

A ese propósito, el Sr. Dr. Manuel Garmendía, médico que ejerció casi toda su vida en Veracruz, pero que conocía bastante bien la ciudad de Tehuacán y había experimentado sus aguas, me dijo: "más que para la litiasis renal, para ciertas afecciones hepáticas, aquella agua de Tehuacán es superior aún á la de Karlsbad tan renom. ada."

No trascurrió mucho tiempo sin que se me presentase la oportunidad de comprobar aquella opinión del Dr. Garmendía, adquiriendo por

mí mismo, la convicción íntima del beneficio que se alcanzaba aun en ciertas hepatitis con el empleo en grande de las citadas aguas.

Pocos años despues, vino á robustecer nuestro juico, un hecho muy expresivo, que nos demostró la bondad del tratamiento, en la litiasis biliar,

Fuí solicitado para atender á la esposa de un carpintero: F. J.: conocía yo este matrimonio de tiempo atrás por haber asistido en diversas ocasiones al esposo. La señora gozaba entonces de muy buena salud. Repentinamente me hacen verla: era presa de un dolor atroz en el borde costal derecho, cerca del epigastrio, irradiándose para arriba como hacia el corazón especialmente, y agotando por su intensidad á aquella pobre señora. Recurrí á los medios clásicos empleados en casos de esta especie, teniendo que llegar hasta la anestesia clorofórmica porque el dolor continuaba, no obstante las inyecciones de morfina. Despues de cerca de veinte horas de sufrimiento muy mitigado con los anéstesicos, desapareció del todo el dolor; pero apenas trascurrida la primera semana, un segundo acceso, al parecer, mas intenso que el anterior, reprodujo los mismos accidentes y aún se caracterizó por completo, pues pasado el primer acceso, pude observar ictericia perfectamente marcada y para desechar hasta la más leve sombra de duda, habiendo recomendado, minuciosa exploración en las evacuaciones primeras después del acceso, no tardaron en presentarme un cálculo biliar, perfectamente caracterizado, de la dimensión de un chícharo próximamente.

Por aquel tiempo, me acompañaba á ver esta enferma el Sr. Dr. Jesús Villagrán.

Ya no era la intensidad, bien penosa por cierto de los dolores lo que más nos preocupaba, sino la frecuencia ineludible de los accesos, pues no se pasaba ni una semana completa, sin que tuviésemos que lidiar, contra nuevos ataques del cólico hepático. Agotados nuestros recursos terapéuticos y observando con pena cuánto sufría ya la nutrición de la enferma, aconsejamos á su esposo como medio extremo, la translación á Tehuacán para seguir allí el tratamiento por las aguas

Debo mencionar que en este caso se nos proponía, la administración aquí en la capital, de aquellas aguas, exprofesamente encargadas para esta enferma; pero no aceptamos, por sernos ya bien conocido de antemano, la deficiencia del tratamiento con las aguas de Tehuacán, lejos ó fuera del lugar.

Trasladóse por fin nuestra enferma á aquella ciudad. Según sus cuentas, no debía ya tardar en aparecer y desarrollar el temido cólico; más con no poca sorpresa y no menor halago, observó que trascurrían los días y las semanas, sin que volviese á aparecer su terrible mal.

Rebosando satisfacción nos consultaba el esposo á los dos meses, si aun debería la señora prolongar su permanencia en aquella ciudad. Le aconsejamos regresase, y tuvimos la oportunidad de observarla muchas veces después, del todo repuesta y olvidada ya de aquella terrible temporada en la que tanto sufrió. Había desaparecido por completo la litiasis biliar. La señora se alimentaba, como todo el mundo, sin privarse de las grasas, ni de los excitantes y por fin, hasta más de tres años después de su vuelta de Tehuacán, el cólico no repitió.

Animados por un resultado tan halagador, nos fué dable repetir estos ensayos y casi sin excepción, ó con muy cortas excepciones, obtuvimos constantemente curaciones completas.

Para hacer aún más expresiva é interesante la benéfica indiscutible influencia de estas aguas en el tratamiento de la litiasis biliar, tuve oportunidad de emplearlas en un jóven francés que me fué recomendado por el Sr. D. J. P. Esteinou. En este jóven había la feliz circunstancia de haber sido tratado dos épocas distintas en Karlsbad, sin que alcanzase una curación definitiva. Esta circunstancia, muy interesante para mí, le desalentaba á él sobremanera, pensando que si en aquella afamada estación balnearia, no había logrado su curación, menos podría alcanzarla en Tehuacán, cuya reputación era tan limitada.

No obstante su poca fe, obedeció fielmente todas mis instrucciones, trasladándose de buen grado á aquella ciudad.

A los pocos días sufrió, según sus propias expresiones, un amago de cólico; pero no desarrolló. Alentado por esa feliz circunstancia, prolongó su permanencia un mes más, regresando por fin á la Capital, á los dos meses y medio, con la convicción de estar curado, pues abandonada ya la dieta, no sufría el menor trastorno.

Permaneció aún en la República, durante mucho tiempo, sin experimentar trastorno alguno. De regreso para Europa, cinco años después, llevaba robustecida su convicción de estar completamente curado.

Inútil sería cansar la atención de esta ilustrada Academia, continuando la relación de hechos semejantes.

Poseo en la actualidad un número competente de observaciones muy bien conocidas varias de ellas por el Dr. Altamira; las últimas, de cuatro ó cinco años á la fecha, le son igualmente conocidas al Dr. Rafael Martínez Freg, de Tehuacan, puesto que á sus eficaces cuidados he recomendado mis enfermos. Es, en buena parte á esos enfermos á quienes ha hecho alusión, en una interesante memoria que leyó recientemente en la Sociedad de Medicina Interna.

No me preocupó, en verdad, de ciertas prioridades; pero en este caso puedo asegurar, y el hecho es notorio á todos en la ciudad de Tehuacán y aún en México, que he sido el médico que ha influido más poderosamente, para levantar el crédito de aquellas aguas, extendiendo y vulgarizando su uso, precisando su emplé y determinando indirectamente, multiplicados análisis. Años ha habido en que por consejo mío han marchado á Tehuacán quince y veinte familias. Debe Tehuacán á sus benéficas alcalinas aguas, el haber salvado de la peligrosa crisis comercial, que determinó en ella, la instalación del F. C. del Sur, línea entre Puebla y Oaxaca, que hizo desaparecer instantaneamente, el activo movimiento de Tehuacan, como la estación principal de las multiplicadas caravanas que hacían el comercio entre las ciudades del centro, Puebla, México y aun Veracruz, con Oaxaca y las poblaciones de la Sierra y la Mixteca.

Por corto tiempo, se resintió en la ciudad algo como el soplo de muerte: desaparecieron los mesones: cerráronse algunos hoteles: el comercio sufrió peligroso vaiven; pero la virtud de sus aguas, conociéndose más y más, determinó el aflujo de forasteros y aquella línea férrea, que parecía ser instrumento de muerte para ciertos comercios, se volvió elemento de salvación, facilitando el aflujo de forasteros enfermos, muchos de los cuales con sus familias, se trasladan á aquella ciudad en busca de salud.

Hoy, el número de hoteles es mayor y aun en general; se puede por ahora alcanzar en aquella ciudad mayores comodidades.

No es exagerado decir que Tehuacán está llamada, en un porvenir no lejano, á figurar por la bondad de sus aguas, como una gran estación balnearia.

Anuncié ya, que su benéfica influencia no solo se hacía sentir en la litiasis biliar, sino aun también en otras afecciones hepáticas.

Entre diversos hechos que he observado, voy á referirme especialmente á dos que ofrecen particular interés.

Se trata en el primero, de un señor á quien asistía el Dr. Mucel. Dicho señor, persona muy conocida en la Capital y que goza de posición social muy desahogada, sufría de meses atrás, penosísimas digestiones, radicándose, por último, el padecimiento en la glándula hepática. A la época en que yo fuí consultado, teniendo varias juntas con el Dr. Mucel, hallé á su enfermo con algunos caracteres como de cáncer del hígado. Este era el diagnóstico del Dr. Mucel. No estuve del todo conforme, porque faltaba algo de lo que más caracteriza el cáncer. Había, sí, un padecimiento hepático grave: signos evidentes de flegmasía, con movimiento febril, casi continuo. A la palpación, reconociendo la parte que excedía del hígado, abajo del reborde costal, sentíanse como núcleos de endurecimiento en la glándula. Los síntomas dominantes eran, los de una hepatitis generalizada, no supurada aún.

Consultaba aquella familia mi opinión, para que yo determinase si debía ó no trasladarse el enfermo á Tehuacán. Su médico, lo juzgaba del todo inútil; pero al fin, logré convencerlo, haciéndole presente que aun suponiendo exacta la interpretación acerca de las durezas que se palpaban, aceptado que fueran cancerosas, no podía negarse que los espacios internucleares, eran evidentemente asiento de una inflamación palpable determinando la calentura; pues bien, agregaba, modificándose con el uso de aquellas aguas toda la parte inflamada, necesariamente el enfermo resentirá, no poco beneficio.

Convencido entónces el Dr. Mucel, autorizó y determinó el viaje de su enfermo.

Debo advertir que este señor, había sufrido un cambio notable en la coloración de la piel, cambio que se hacía mucho más perceptible en la cara, se había obscurecido la piel, tomando un aspecto terroso ó cobrizo, semejante á la coloración de los enfermos de mal de Addison.

Instruido convenientemente de cómo debería emplear los baños en la Hacienda del Riego en Tehuacán y recomendado además á los cuidados del Dr. Martínez Freg, marchó animoso en busca de su salud, y á fe que no fué corta nuestra sorpresa, cuando mes y medio después, volvimos á verle el Dr. Mucel y yo, encontrando del todo normal la colo-

ración de la cara, y lo que era más sorprendente aún: del todo modificado el estado local; reducido el hígado: sin poder apreciarse aquellas durezas, que habían inducido á su médico á diagnosticar: "cáncer del hígado." Como se comprenderá fácilmente, este admirable resultado nos puso en condiciones de precisar el diagnóstico. Se había tratado evidentemente de una "Hepatitis crónica mixta." de ahí, los síntomas por parte del aparato biliar.

Este señor, más por cariño á la población en que recobró su salud, que por necesidad terapéutica, ha vuelto á Tehuacán, por lo ménos otras dos ó tres ocasiones. Disfruta al presente de completa salud, y ha vuelto á su importante cargo en la Secretaría de Hacienda.

No es, en verdad, el único enfermo que agradecido retorna á la ciudad en que conquistó su salud. De igual manera lo hace una enferma del Dr. Altamira, curada en Tehuacán de la litiasis biliar á principios del año pasado.

El otro hecho á que deseaba referirme, es exactamente contrario, respecto al estado del hígado. En el anterior, hemos visto un hígado crecido y desbordando las costillas, en éste, al cual me refiero ahora, corresponde á una señora de la Costa, la cual me consultó porque llegaba al extremo de no poder digerir ni aún los alimentos más sencillos y éstos administrados en exigua proporción. Poco á poco había perdido el apetito, y á la época en que me vió por vez primera, su enflaquecimiento era extraordinario, haciéndome observar ella, además, que había obscurecido notablemente su color. Reconociéndola minuciosamente, hallé que el hígado apenas si podía limitarse: en el punto más alto, en la línea axilar anterior derecha, daba una medida de tres centímetros escasos. No podía alimentarse; cuando pretendía pasar de unas cuantas cucharadas de leche, venía el vómito á desalojar del estómago el pequeño exceso ingerido. Como era natural, pensé en la atrofia del hígado, temiendo seriamente que aquello no tuviese ya remedio posible. Instituí su tratamiento, exigiéndole que antes de cada alimento tomase de toda precisión una dosis adecuada de extracto de bÍlis de buey, que le receté en forma pilular. Prescribí además el uso de la extricnina, más el elixir de Boldo y algunos tónicos. En aptitud de marchar á los pocos días, por haberse mejorado algo, soportando sus alimentos, la envié á Tehuacán, exagerándole las ventajas de aquel clima, y el inmenso beneficio de aquellas aguas. Esto, porque conociéndola como era esen-

cialmente nerviosa é histérica, pretendí obrar como por una especie de sugestión sobre ella.

Poco antes del primer mes, tuve la satisfacción de recibir por escrito un informe bastante halagador.

Aún pedía mi autorización, para alimentarse con huevos pasados por agua y con carnes más fuertes. Le aconsejé, como era natural, que fuese subiendo gradualmente su alimento y que no dejara el método aún. Siguió estrictamente mis consejos, y regresó á los tres meses de aquella ciudad, del todo curada, recobrada su constitución y por ende sus fuerzas, así como su antiguo color.

Le autoricé para volver á la Costa de donde era originaria.

No había sabido más de esta enferma; pero el año pasado tuve la satisfacción de reconocerla de nuevo, con motivo de un padecimiento uterino que la obligó á volver á la Capital. Hallé su estado respecto de la afección hepática, inmejorable. Claro está, que no se había tratado de la verdadera atrofia; pero de todos modos, aquella notable curación alcanzada en la Hacienda del Riego, en Tehuacán, se sostenía nueve años después.

Algunos enfermos hepáticos, pretenden hacer su curación, con el uso del agua de Tehuacán encargándola directamente, para consumirla aquí.

Aún, hace tres ó cuatro años, se estableció en México una negociación en grande, para la venta del agua de Tehuacán en botellas de medio litro. No me consultaron los iniciadores del negocio que, á haberlo hecho así, yo les habría quitado la idea de fundar este negocio, que por fuerza debía salir mal. En efecto, no una, sino repetidas veces, ensayé desde hace más de 20 años, el administrar aquí las aguas, particularmente, contra la coelitis, pero sin resultado alguno.

Multiplicamos las pruebas, cuanto nos fué dable, hasta adquirir la convicción íntima de que no surtían del mismo modo que usadas allá. ¿En dónde está ó donde reside la virtud, nos preguntábamos delante de aquellos fracasos?

La virtud está á no dudarle, en un conjunto de circunstancias que faltan fuera de Tehuacán. Desde luego, residiendo allí, como quiera que el agua de uso en la ciudad, tiene virtudes también, pues es bastante análoga á la de la Hacienda del Riego, los enfermos la ingieren no solamente en la que toman ad hoc, como medicamento, sino que por

fuerza la toman en todo, con sus alimentos, con los líquidos empleados de desayuno, etc.

Por otra parte: Tehuacán, es una ciudad esencialmente sana; de un clima delicioso; de cielo casi siempre trasparente y puro. Tanto es así, que las estrellas alumbran notablemente durante las noches, tan acentuada es la diafaneidad de aquella atmósfera esencialmente pura. Los vientos dominantes vienen de la Sierra; de allí nacen esas brisas perfumadas que se entibian al recorrer las calizas llanuras que rodean á la ciudad. Esa Sierra corre al Oriente de Tehuacán: al Occidente, empiezan las elevadas montañas de la Mixteca. Cierra su panorama por el Norte, el esbelto pico de Orizaba; pero á distancia suficientemente respetable, para no helar su atmósfera.

Las dos cadenas de montañas, al Oriente y Occidente, llegan á estrecharse, alcanzándose por sus bases y formando verdadera cañada pero hasta 16 leguas más abajo de Tehuacán, rumbo al S. E.

Así, la posición topográfica de Tehuacán es enteramente especial y bellísima, rodeada de condiciones verdaderamente benéficas, como estación sanitaria. Su altura sobre el nivel del mar alcanza á 1,662 metros, su suelo esencialmente calizo, es seco; pero las lluvias en los meses de la temporada no escasean, y como esos meses corresponden precisamente á los de mayor calor, esas lluvias refrescan el suelo, humedecen la atmósfera y templan los rigores del clima en esta estación.

Tehuacán cuenta relativamente, con un número reducido de médicos, y es natural, dadas sus envidiables condiciones sanitarias. Raras veces se han observado en aquella ciudad epidemias, y esto, cuando en otras poblaciones del mismo estado se lamentaban de semejante azote.

Basta lo expresado, para comprender cuán buena diferencia hay entre atenderse en Tehuacán, usando aquellas aguas alcalinas, hasta en los más simples alimentos, en baños, bebidas, etc., rodeados los enfermos de las demás condiciones favorables que acabo de expresar, á tratarse sus padecimientos hepáticos léjos de aquel lugar, por uno ó dos vasos ingeridos de aquella agua.

Por lo demás, tampoco he visto que el agua de Karlsbad ó sus sales, den fuera de aquella estación balnearia, los mismos halagadores efectos que en Karlsbad; y esto es del todo natural.

Así pues, en nada rebaja el mérito de las aguas que nos ocupan

su poca acción fuera de aquella ciudad, toda vez que hemos demostrado cuán altamente benéficas son, empleadas allí mismo.

El manantial que surte principalmente á Tehuacán es el de Alhuelican. Esta agua llega por un acueducto de cerca de 2 kilómetros, descubierto en su origen. Deja depósitos muy marcados, en las vasijas en que se conserva; depósitos pétreos que suelen tener una dureza extraordinaria. He visto en muchas casas de Tehuacán diversos objetos de adorno, particularmente ramitas y hojuelas, perfectamente incrustadas de sales calcáreas. En las cañerías es también marcadísimo el revestimiento interior, que reduce al cabo de poco tiempo el diámetro de los tubos; se concibe que llega hasta obstruirlos del todo después de cierto tiempo. Esos depósitos de sales calcáreas, son también perfectamente perceptibles, en los caños descubiertos que sirven para la conducción de aguas de riego y suelen adquirir un espesor y altura notables.

Diversas ocasiones y varios químicos, han hecho el análisis de estas aguas, encontrando proporciones perfectamente definidas y demostrables de cloruro de sodio, carbonato de cal, sulfato y carbonato de sosa, carbonatos de magnesia y de litina, señales de arsénico, fierro, etc., etc.

Para concluir, tomando este cuadro de la memoria del Dr. Martínez Freg, doy el análisis comparativo de diversos manantiales:

	Sta. Cruz	Caño de Riego.	Manantial.	Ida. del Riego.	San Lorenzo.	Alhuelican.
Carbonato de cal	0,180	0,110	0,089	0,160	0,280	0,216
Id. de magnesia	0,028	0,018	0,040	0,019	0,150	0,184
Id. de sosa	0,420	0,347	0,661	0,401	0,128	0,146
Sulfato de cal	0,075	0,098	0,011	0,090	0,017	—
Cloruro de sodio	0,280	0,240	0,390	0,210	0,230	0,144
Siliza (1)	0,010	0,009	0,023	0,009	0,040	0,017
Sesquióxido de fierro	indicios.	indicios.	0,001	indicios.	—	—
Acido sulfídrico	—	—	0,001	—	—	—

(1) También está incluida la alúmina.

	Sta. Cruz	Caño de Riego.	Manan-tial.	Hda. de Riego.	San Lo-renzo.	Albuelcan.
Materia orgánica . . .	0,003	0,002	0,003	0,003	0,003	—
Resíduos por litro . . .	0,996	0,834	1,224	0,892	0,348	0,843
Sulfato de sosa	0,134
Carbonato de litina	0,001
Arsénico	Cenellas.
Carbonato de protóxido de fierro

Dada ya la composición de estas aguas y señaladas aunque sea muy someramente las condiciones de la ciudad de Tehuacán, réstame indicar que el transporte para aquella ciudad desde la capital, se hace fácilmente en 9 horas por la vía de Esperanza, tomando el tren de Veracruz, que parte á las 7 de la mañana y trasbordando en la Esperanza al tranvía, que sale á las 2 de la tarde en punto, entrando á Tehuacán exactamente á las 5 de la tarde.

O puede hacerse también por la vía de Puebla, solamente que se emplean más horas y dos trasbordos, el primero en Apizaco; el segundo, en Puebla.

Para terminar, señalo brevemente las afecciones hepáticas que he observado se curan ó se modifican ventajosamente con el tratamiento por las aguas emprendido en Tehuacán.

Ocupa el primer lugar, evidentemente, la litiasis biliar, pudiendo asegurarse que curan la mayoría de enfermos, y que aun los que no curan recienten algunas ventajas.

Vienen después, las afecciones catarrales de las vías biliares, la hepatitis biliar, congestión de hígado, hepatitis parenquimatosa y hepatitis mixta, llamando así á las formas de flegmasía en las que tanto se invade el elemento hepático, propiamente dicho, como el tejido intersticial.

Se menciona también, el buen efecto de estas aguas, para combatir ciertas afecciones renales, y en particular la litiasis renal; pero no me consta por observaciones propias.

No creo aventurado manifestar que aun se observa para las afecciones hepáticas mencionadas, cierta superioridad en la estación balnearia de Tehuacán, comparada con la estación balnearia de Karlsbad y toca á lo inexplicable, la obcecación de quienes van á buscar con avidez al Extranjero, lo que tienen en su propio país, accesible, por cierto, con muchos menos sacrificios.

Si estas incorrectas líneas que dedico á la ilustre Academia, sirven para acrecentar en algo la propaganda acerca del benéfico empleo de las aguas alcalinas de Tehuacán, y esa propaganda ensancha la corriente de inmigración á tan importante punto, veré sobradamente colmados mis grandes deseos, y ampliamente satisfechas mis modestas aspiraciones.

México, Noviembre de 1899.

PROF. DR. D. MEJÍA.

REVISTA EXTRANJERA.

LAS ENFERMEDADES VALVULARES EN LA VEJEZ.

En el *American Journal of the Medical Science*, publicado en Diciembre del año próximo pasado, el Dr. Robinson insiste en la gran importancia que tiene la observación de los primeros síntomas de la insuficiencia cardíaca, en la avanzada edad. Cuando la hidropesía comienza á aparecer en las extremidades inferiores ó cuando las cavidades serosas contienen fluido en notable proporción, el pronóstico es grave y difícilísimo evitar los progresos del edema y derrames serosos. En estos casos, obtiéndose los mejores resultados del uso del vino diurético de Trousseau, usado en el Hotel Dieu de París. Conocida es la composición de este vino y se prescribe en cucharadas cada tres ú ocho horas. El Dr. Robinson señala el error de dar tónicos cardíacos á altas dosis; las pequeñas, frecuentemente repetidas son más eficaces. Critica, además, el mismo autor, la desatinada combinación de medicinas numerosas usadas con este objeto. Cuando se hace una tentativa para entonar repentinamente un corazón agobiado ó debilitado, el peligro está en pasarse de la raya, produciendo una estimulación exagerada, seguida de colapso y de fatal terminación. La lentitud de los movimientos del corazón (bradicardia) frecuentemente es una indicación de cambios intra-